

EL LA GRANJA DEL TÍO ABUNDIO

(Relato por entregas de 2º C ESO)

Capítulo 1. Hala, a la granja...

Por fin empezaba el verano. Esto significaba que las clases se acababan y podría disfrutar de un verano tranquilo con mis amigos. Éramos una buena pandilla y habíamos hecho planes. Sólo pensarlo ya me alegraba el día; sin embargo, mis padres no tardaron en aguarme la fiesta. Me dijeron esa noche que me llevarían a pasar el verano con el tío Abundio para que, según ellos, se me fueran los pájaros de la cabeza. No sé, pero creo que piensan que estoy un poco loco y que tengo algún tornillo suelto. Dicen que hay cosas que no entienden. Yo tampoco entiendo muchas cosas que hacen ellos y no les digo que están zumbaos... Eso de que esté loco no es cierto; lo que pasa es que los animales y yo nos entendemos fácilmente. Nos comunicamos sólo con mirarnos y cuando ellos me hablan, sus palabras no son distintas de las que dice el profesor de matemáticas, por ejemplo. Vamos que no tengo dificultad en entender los ladridos del perro de la vecina, que, por cierto, está cabreadísimo porque no le hace ni caso la perrita tonta del portal de enfrente. Algunas veces me dicen que me comporto como ellos pero yo no me doy cuenta. Yo creo que exageran.



Bueno, no me he presentado. Me llamo Habiby. Tengo 12 años, a punto de cumplir 13, y soy un chico un tanto extraño por el motivo que ya os he comentado; además, me dicen que no soy como los otros porque tengo los ojos tirando a morados y soy pelirrojo, esto hace que mis compañeros de clase se rían de mí y, a veces, me insulten. Bueno, el caso es que llegó el día de ir a casa de tío Abundio. Yo iba con cara de perro, con la idea de que iba a ser otro verano como los anteriores: aburrido, caluroso y solitario. Mi tío vive a las afueras de un pueblucho de Teruel donde no pasan ni los indios. Además no hay cobertura que es peor que vivir en el Paleolítico. Sólo pensarlo me entraban ganas de arrancarme los pelos, pero repito que no estoy loco... Lo que no sospechaba era que ese verano iba a ser muy diferente. Todo comenzó de esta manera... La llegada ya me pareció un poco extraña. La casa de mi tío seguía siendo la misma pero no me sonaba la inmensa granja que había detrás. Mi tío Abundio, en

vez de estar esperándonos, estaba durmiendo la siesta, que creo que es lo único que sabe hacer bien, ya que duerme como una marmota. (Por cierto, tiene cuatro.) Mis padres no le quisieron despertar y como tenían prisa bajaron mis cosas y se marcharon. Ya se sabe, donde hay confianza da asco o eso dicen. Al estar durmiendo entré yo solo en la granja y, de repente, empecé a oír voces que decían:

-¡Bienvenido, bienvenido, bienvenido.!

Era un pato. Sí, un pato que me daba la bienvenida. Y a continuación, una de las cuatro marmotas de mi tío, y, cómo no, el caballo de todos los años que era al único que conocía bien. Con ese caballo había pasado muy buenos momentos. Aquellas largas charlas cuando salíamos a pasear. Creo que ha sido el único que me ha comprendido de verdad. También había vacas, muchas vacas, pero una de ellas, supongo que la sargenta del grupo, era bastante insoportable y cotilla, y empezó a cansarme a los pocos minutos. También había cerdos, muchos cerdos, con sus innumerables cerditos, algún burro que vi a primera vista y unas cuantas ovejas.

Después de saludar al todo el vecindario animal fui y desperté a mi tío tirándole el cubo de bebida de los caballos. No le hizo mucha gracia, se levantó de mala uva diciendo palabrotas y casi me arrea un par de guantazos. Luego, se le pasó, me dio un abrazo, me preguntó por mis padres y me llevó hasta mi habitación. Me instalé, me cené unos buenos huevos fritos de las gallinas Eustaquia y Manolita, recién cogidos, y, después de charlar un rato con mi tío, me fui a la cama. Y así fueron los primeros momentos en la granja. Pero me esperaba mucho verano por delante, y muchas cosas por descubrir.

Isabel Goyeneche y Marta Castejón.

Capítulo 2. Un profesor bastante extraño.

A la mañana siguiente, me desperté debido al insoportable sonido que producía mi despertador.. Había olvidado que el tío Abundio nunca modifica la hora del despertador, ni siquiera mientras yo no estaba en aquel hogar. Ya sabéis, los tíos, a veces, son un poco raros. Cuando me incorporé y busqué a tientas mis zapatillas debajo de la cama olían a excrementos de cerdo que apestaban. La ventana de la habitación estaba abierta y entraba un desagradable olor a animal de



granja. Claro, mi habitación se situaba justo enfrente y de allí venía aquel perfume. Por un momento pensé que había un cerdo cerca de mi cama, pero en realidad no era un cerdo, sino una gallina. Lo que se puede llegar a 'ver' cuando uno está medio dormido...

- ¡Buenos días, amiguito! ¿Cómo te va todo? - escuché la voz de aquella gallina..
- Hola.. hola... - le respondí, y por un momento me dieron ganas de echarla a patadas de la habitación. Aquel olor era inaguantable o ¿eran los excrementos de los cerdos en mis zapatillas?

La gallina me vio con cara de pocos amigos y se retiró del lugar. Me dirigí hacia el armario y lo abrí. Aunque pareciese un poco raro, el tío Abundio (la personificación de la vagancia) me había colocado la ropa de las maletas en aquel mueble lleno de polvo. Me quedé observando toda la ropa durante unos segundos y decidí cuál ponerme: una camiseta negra y unos pantalones vaqueros. El Sol relucía en la granja así que pensé que no sería necesario coger una sudadera. Salí de la habitación y me dirigí hacia la granja. Entonces vi al lado del establo a mi tío hablando con una persona bastante extraña. Me acerqué hacia ellos. Mientras caminaba ambos se giraron y me observaron atentamente. Hablaban sobre mí, seguro. Me llamó la atención aquel hombre que estaba con mi tío. Rostro pálido, como si acabase de resucitar de entre los muertos. Pelo moreno, medianamente corto, con las patillas bien alineadas. Vestía una ropa de hacía muchísimos años, de mediados del siglo pasado aproximadamente...

- Hola, Habiby, – saludó mi tío con voz ronca. - Este señor se llama Ruffini. Es un profesor de matemáticas muy famoso, igual que tu profe Lorenzo.

- Torner es más famoso, tío.. - le contesté.

- Mentira cochina, sobrino. Deja de decir tonterías. Bueno, el caso es que tus padres han ordenado a este señor que te dé clases particulares a lo largo del verano, debido a las malas notas que has sacado en esa asignatura este año.

- ¿Malas notas? ¡Es que Lorenzo no deja de poner ceros y negativos! Además, suspendí la última evaluación porque no presenté el cuaderno con los exámenes firmados. ¡¡Injusticia..!!.

- Bueno, bueno, Ruffini te dará clases, y punto. Empezará dentro de dos horas. Las clases las daréis en el salón, que ya sabes que es muy espacioso... - me explicó mirando de reojo a Ruffini.

-Sí, claro... - contesté con ironía.

- Sobrino, te dejo a solas con Ruffini. - Mi tío se despidió del extraño profesor estrechándole la mano.

Me quedé un rato observando a Ruffini. Él no me miraba a mí, sino que se quedó observando el corral de las gallinas. Se rió un poco, y se volvió hacia mí.

- Tu nombre es Habiby,¿ no? Encantado, - me ofreció su pálida mano derecha.

-Lo mismo digo... - le estreché entonces la mano.

- Iré a preparar la clase. Espero que seas puntual. - Y empezó a caminar hacia la casa.

Me quedé mirándole, un poco triste ya que pensaba que me había librado de las mates al acabar el curso. Bueno, al menos espero que éste no me ponga ceros por girarme en clase, o hablar, aunque en verdad, hablar, lo que se dice hablar, no hablo mucho, ya que soy el marginado de la clase...

Una hora y 45 minutos más tarde llegué al salón de la casa. Allí me esperaba Ruffini, sentado en una silla que estaba al lado de la mesa circular. Yo me senté en el sofá. ¡Qué raro!.. Abundio, mi tío, no estaba durmiendo en el sofá.. ¿dónde podría estar?

- Bueno, Habiby, en la clase de hoy te explicaré el Método de Ruffini. Supongo que tu profesor de matemáticas te habrá enseñado algo de los polinomios, ¿no? - me dijo, levantándose de aquella silla.

- Sí.. me acuerdo perfectamente de aquellas maravillosas clases... - le contesté con cierta ironía.

- Empecemos, pues...

Durante más de dos horas, Ruffini me estuvo explicando todo sobre los polinomios y por supuesto su método de división. Además, me enseñó el teorema del resto. Acabé más mareado que una gallina a la que han dado con un palo en la cabeza. En resumen, una clase más que aburrida. Pero algo extraño noté en aquel profesor, además de su aspecto un tanto misterioso. Cada vez que me explicaba algún concepto miraba siempre la hora. ¿Tendría algo de prisa? ¿Por qué? Además hacía gestos rarísimos y encima tenía un tic que hacía que arrugara la nariz y parte del labio superior derecho y no sé si también la oreja, pero esto no lo pude comprobar. Tuve que aguantarme varias veces la risa y en una ocasión tuve que morderme la lengua y me tuve que ir al lavabo.



Capítulo 3: Nueva aventura

Ruffini y yo nos disponíamos a continuar con la clase después de una pequeña pausa.

La verdad es que las clases de matemáticas eran aburridísimas, incluso más que en el colegio pero esta vez, y sólo esta vez, tenía ganas de que comenzase. Las ganas de empezar una clase de matemáticas eran fruto de la curiosidad. Mi idea no era aprender el funcionamiento de los polinomios sino otra un tanto peculiar: observar con atención los múltiples tics del ilustre matemático. Éste, constantemente se tocaba tirando del lóbulo de su oreja derecha; a continuación, se frotaba la nariz con su brazo; luego, se tiraba de los pelos de las cejas y más tarde se los volvía a colocar; después, como un buen tenista, se estiraba el slip, etc. Y todo esto mientras se apoyaba en la puntera de su pie izquierdo.

Gracias a todos estos tics las clases se me hacían bastante entretenidas y aunque me hubiera gustado seguir observando al profesor, éste paró la clase. Y es que le rugía el estómago por no haber desayunado. Me quedé disimulando, haciendo como que jugaba en el ordenador y le seguí. Ruffini, con un hambre terrible, entró a pasos agigantados en la cocina dirigiéndose al único lugar donde al parecer había alimentos en esa casa: el frigorífico. Lo abrió precipitadamente y cogió un huevo. Dos segundos después varias gallinas se abalanzaron sobre él, picoteándole donde podían y Ruffini se vio obligado a soltar el huevo y cerrar la nevera. Mas Ruffini, cual valiente matemático, no contento con los anteriores picotazos volvió a abrir la nevera esperando poder coger uno o más huevos o alguna otra cosa que llevarse a la boca. Esta vez la historia no cambió: las gallinas fueron a picotearle nada más abrir la puerta y tuvo que volver a cerrarla. A pesar de sus anteriores intentos, el incansable matemático cogió dos cubos, uno pequeño y vacío que se puso en la cabeza para defenderse y otro grande con agua para contraatacar. Abrió la puerta de la nevera y las gallinas saltaron a por él. Las gallinas fallaron al picotearle, y Ruffini rápidamente contraatacó; así que las gallinas salieron en un abrir y cerrar de ojos de la nevera. Ruffini aprovechó para coger unos huevos, freírlos y comérselos con unas patatas fritas, un poco de ajo y perejil de la huerta y una pizca de sal. Sin embargo, ese magnífico plan fue frustrado por el tío Abundio, que apareció de repente, vio el estropicio, le quitó los huevos a Ruffini y los volvió a dejar en su lugar. Y todo esto ocurrió porque las gafas de culo de botella de Ruffini le hicieron equivocarse de "nevera" e ir directamente hacia la incubadora.

Sergio Maya y Andrés Tafalla

Capítulo 4 El caballo.-

El tío Abundio le dijo a Ruffini:

-¡Pero, ¿qué haces Ruffini? - y Ruffini con su tono particular le respondió:

-¡Pues hacerme unos huevos que tengo hambre!



Mi tío, cabreado, como de costumbre, le dijo:

-Anda, anda, tira para el pueblo que te revisen la vista.

Ruffini le miró sorprendido y respondió:

- Si yo veo muy bien, sólo que he tenido algún problemilla con las patatas y los pimientos, que están muy rebeldes.

Yo me estaba muriendo de risa, mientras mi tío me decía:

-Calla, Habiby, que ya hablaremos a la vuelta. Me llevo a éste al oculista y al psicólogo, que lo veo peor que a tu tía Everiana. Tú, si quieres, date una vuelta por el corral.

Cuando mi tío se fue con el pobre Ruffini yo me dirigí hacia el corral. Los animales, como ya he dicho, eran una de mis mayores aficiones no por su fisonomía sino porque me entendía mejor con ellos que con los seres humanos. Entré, di una vuelta por el lugar y cuando iba hacia la puerta oí a mi espalda:

-¿Quién eres tú? - Me di la vuelta y dije:

-Anda, sal de ahí, que no te veo muy bien.

Para mi sorpresa asomó la cabeza de un caballo de detrás de la paja. Era el segundo animal que se interesaba por mí en la granja y la primera que hablaba con un caballo, y aún me resultaba un poco extraño. Esto confirmaba que mi relación con los animales no era una mera casualidad. Las preguntas se agolpaban en mi cabeza pero la básica era la que hice:

-¿Quién eres?

-Soy el caballo de tu tío, me llamo Felipe.

Su nombre me extrañó pero más aún que se escondiera de mí, así que le pregunté:

-¿Por qué te escondías?

-Pensé que eras de los compradores.

Su respuesta me sobresaltó tanto que abrí los ojos hasta límites que ni conocía.

- ¿Qué compradores?- pregunté a mi nuevo amigo. El me respondió:

-Los que van a comprar esta granja.

Di un paso hacia detrás, de asombro.

-¿Mi tío va a vender la granja?- Mi nuevo amigo me dijo:

-Ven conmigo, te lo explicaré todo.

Me llevó a un sitio apartado y me contó que unos hombres habían venido a la granja diciendo que querían comprarla para hacer una fábrica y que los animales serían sacrificados. No sabía qué hacer. Pasados 40 minutos oí que llegaba mi tío y le dije a Felipe:

- Mañana volveré e intentaré preparar algo para ayudarlos. Fui corriendo a ver a mi tío. Cuando llegué se estaba sentando en el sofá y me dirigí hacia él preguntando... Con esa cara de mal genio habitual me replicó:

-No sé cómo te has enterado, pero sí. Esta vieja granja ha sido mi vida pero es el momento de jubilarme y ya no estoy como cuando era joven.

Estaba nervioso así que respondí con lo primero que me vino a la cabeza:

- ¿Y los pobres animales?

Él me miró de reojo y dijo:

- Me dan pena pero serán sacrificados.

Esta frase me produjo escalofríos.

-Tú tranquilo, me voy a comprar una casa en el pueblo...Deja ese tema y échame una mano...

El resto del día lo pasé preocupado por los animales y cómo ayudarles. En el momento de ir a la cama me propuse salvarlos a todos.

José Antonio Pérez Mínguez y Juan Clemente Aguirán

Capítulo 5 El huevo.-

Después de la comida y una laaaarga, aburriiiiida e insoporrtable clase de matemáticas, tenía toda una tarde de verano por delante en la que decidí ir a inspeccionar los alrededores. Estuve dando un largo paseo y casi sin darme cuenta me encontré frente a un cartel que ponía: "¡Peligro, no pasar!" Pero estaba un tanto cabreado con Rufini y sus numerajos y decidí saltarme las reglas. Así que pasé a ver qué había.

Al principio parecía un camino como otro cualquiera, con sus arbolitos, sus piedrecitas, sus caracoles sacando sus cuernecitos, los mosquitos agujoneando mis orejas, las cacas de animal silvestre,...pero al cabo de unos minutos apareció una caseta vallada, llena de carteles diciendo "¡peligro, no pasar, aléjate!" y decidí ignorarla, pasando de largo ya que parecía una caseta antigua y sin ningún atractivo salvo el nido en el tejado y un montón de excrementos esparcidos por el mismo.

Continué andando y al cabo de un buen rato...¡plaf!, se acabó el camino. Al parecer no era mi día...Enfrente tenía un muro y decidí dar media vuelta y volver porque estaba anocheciendo, no sin antes estrellar dos manzanas que vi allí mismo, medio podridas, contra la pared.

Al regresar hacia la granja pasé, otra vez, por la misteriosa caseta y oí un extraño ruido que provenía de dentro. La curiosidad me obligó a entrar. Tuve que forzar

la puerta con un palo que había en el suelo ya que estaba atrancada con un extraño artilugio de madera. Al entrar, un rayo me deslumbró y casi me quedo sordo del ruido ensordecedor. La intensidad de la luz descendió y pude ver el interior. Todo era muy extraño: era una especie de corral de gallinas totalmente enloquecidas. Cerré la puerta y se quedaron mudas. Por un momento pensé que se me iban a lanzar todas a la yugular, porque estaban casi en formación militar y con cara de mala leche, pero me dije “¡qué tonto, tú ves muchas películas...”

A continuación eché una mirada en derredor buscando el origen del resplandor y... debajo de una de las gallinas, la que más escondida estaba en uno de los rincones de ese extraño lugar, allí, como si fuera su polluelo preferido ... no, no podía ser... eso era imposible...

-¡Un huevo de oro!, exclamé.

¡No me lo podía creer! Era exacto como en el cuento. Me froté los ojos, me pellizqué en el brazo, me di un par de tortas, un cabezazo contra la pared, y... ¡no, no estaba soñando! ¡Era cierto! ¡¡¡UN ENORME HUEVO DE ORO!!!

En ese momento me di cuenta de que estaba comenzando la aventura de aquel verano. Decidí dejar el huevo donde estaba, bajo la supervisión de la que ahora me parecía la gallina más hermosa del mundo y salí corriendo hacia la granja ya que era muy tarde y el tío Abundio se extrañaría de que no apareciera por allí. Mientras corría, se me ocurrieron las más extravagantes ideas de lo que haría con el HUEVÓN, - porque era inmenso, - además de salvar a todos los animales y mis carcajadas eran devueltas por los montes vecinos en forma de extraño y siniestro eco.

Isabel Goyeneche Isasi

